

Immanuel Wallerstein



**EL MARXISMO
DESPUÉS DEL FIN
DE LOS COMUNISMOS**



Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2018

Ω

Immanuel Wallerstein *

EL MARXISMO DESPUÉS DEL FIN DE LOS COMUNISMOS **

El marxismo... debe perecer inevitablemente, tarde o temprano, incluso bajo su forma teórica... Retrospectivamente (y sólo retrospectivamente) sabremos, por su manera de perecer, qué consistencia tenía el marxismo.

E. Balibar (1989)

Marx ha muerto muchas veces, pero ha experimentado otros tantos renacimientos. Como para todo pensador de esta envergadura, es a la luz de la actualidad que es preciso releerlo, puesto que hoy en día no sólo es Marx quien muere una vez más; es también toda una serie de estados que se habían atribuido la etiqueta marxista-leninista los que se encuentran conmocionados y que en su mayor parte se derrumban. Ante esta situación, algunas personas se regocijan, otras entristecen, pero raros son quienes intentan hacer un balance juicioso y ponderado.

Recordemos de entrada que el marxismo no es la suma de las

* Immanuel Wallerstein. Uno de los más destacados investigadores de la actualidad. Historiador y sociólogo. Autor de conocidos libros sobre la economía mundo.

** Procedencia del texto: © *Dialéctica*, núm. 23-24; invierno de 1992-primavera de 1993

ideas o de los escritos de Marx, sino más bien un conjunto de teorías, de análisis y de recetas de acción política —inspiradas sin duda en los razonamientos de Marx— que fueron erigidas en una especie de canon; esta versión del marxismo, que llamaré dominante, se debe a los aportes paralelos y sucesivos, conjuntos mas no conjugados, de dos partidos históricos: el partido socialdemócrata alemán (sobre todo en el periodo anterior a 1914) y el partido bolchevique, que se convirtió en el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Si bien la versión dominante del "marxismo" no ocupó nunca sola el terreno, otras versiones permanecieron, hasta una época relativamente reciente, decididamente minoritarias. Los verdaderos inicios de la *escisión* del marxismo no datan, en efecto, sino de la revolución que sacudió al mundo en 1968 (ver Lefebvre, 1976). Una cierta confusión surgió de la coincidencia de esta revolución con el estancamiento, y luego el fracaso, de los estados etiquetados como marxistas.

Para salir de esta confusión es preciso aceptar un desafío particularmente delicado: intentar separar, en la medida de lo posible, por una parte, las tesis del "marxismo de los partidos" (versión dominante), que están gravemente comprometidas —incluso totalmente refutadas— por el derrumbe de los estados del "socialismo real"; y, por otra, las tesis de Marx o aquellos aspectos de su pensamiento (o aun los de la práctica de los marxistas) que no estaban —o no estaban esencialmente— implicados en la experiencia de los estados-partidos.

El razonamiento siguiente puede resumirse en estos *términos*: lo que ha muerto *es* el marxismo como teoría de la modernidad, teoría coexistente con la del liberalismo y, a decir verdad, inspirada en él. Lo que aún no ha muerto es el marxismo como crítica de la modernidad (incluyendo la manifestación histórica de esta última, la economía-mundo capitalista). Lo que ha muerto es el marxismo-leninismo como estrategia política, que, bien considerada, fue una estrategia reformista. Lo que aún no ha muerto es la tendencia antisistémica popular y

marxizante que anima ciertas fuerzas sociales reales.

- I -

Me parece que la teoría del marxismo, convertido en marxismo-leninismo, reposaba de hecho en cinco tesis principales. Éstas no emanaron de los marxólogos, sino de los marxistas practicantes y fueron elaboradas a través de la praxis de los partidos.

1.- Para alcanzar los fines últimos de la humanidad, o sea, la sociedad comunista, es indispensable tomar lo más pronto posible el control del poder del Estado, lo que sólo puede hacerse por medio de una revolución.

Esta tesis es menos clara de lo que parece. ¿Qué quiere decir "tomar el control del poder del Estado"? Más difícil aún, ¿en qué consiste una "revolución"? Tales han sido las cuestiones en torno a las cuales se han desarrollado debates tácticos encarnizados dentro de los partidos, sin recibir nunca respuesta definitiva. De esta forma, las acciones políticas decididas en situaciones concretas y, consecuentemente, muy diversas, tenían siempre el aroma del oportunismo.

Sin embargo, dos imágenes prevalecían en todas las mentes: la de una insurrección popular, o la de una victoria aplastante en las elecciones parlamentarias, que deberían acarrear un cambio fundamental, durable e incluso irreversible, de las estructuras del poder, y que era, pues, obligado llevar hasta el punto de no poder dar marcha atrás.

Los partidos que no estaban en el poder trataron, por todos los medios, de alcanzar ese punto de retorno imposible. Los que lograron tomar el poder (aunque fuera por medio de rumbos distintos de los señalados por la teoría) se esforzaron por todos los medios de entronizarse en él y de probar, de esta

manera, que la "revolución" representaba totalmente un punto de retorno imposible. La llegada al poder de un partido tal se concebía un poco como algo semejante a la llegada de Cristo a la tierra. Esto no era ciertamente el fin de una era, se estaba lejos de ello, pero era un momento del cual la historia debería salir irreversiblemente transformada.

Si los acontecimientos de 1989-1991 han tenido el efecto de un shock, particularmente doloroso para los adeptos del marxismo-leninismo, es porque el concepto mismo del momento de transformación histórica irreversible se encontraba desmentido. Más que una decepción profunda, su ruina acarrea el derrumbe de una de las premisas de base de toda acción política.

2.- Para conquistar y mantener el poder, es indispensable que las llamadas fuerzas progresistas y/o la clase obrera constituyan un partido organizado y universal.

Ya trátase de la organización de masas, preconizada por los socialdemócratas alemanes, o del grupo de vanguardia, preconizado por los bolcheviques, el Partido estaba llamado a convertirse en el hogar espiritual de sus cuadros; de la misma manera que sus militantes estaban llamados a consagrar lo esencial de su vida a la conquista, y después al mantenimiento en el poder, del Estado.

El Partido tenía que ocupar un lugar central, e incluso exclusivo, en la vida de sus militantes. Todo lazo con otras organizaciones, o también, toda sensibilidad ajena a su programa, representaban una grave amenaza para su eficacia. Esto es lo que explica su gran desconfianza hacia las religiones, mucho más que su ateísmo doctrinal. Por el mismo motivo rechazaba todo movimiento nacionalista, étnico, feminista, etcétera.

Claramente, el Partido había proclamado que los conflictos de clases tenían mayor importancia que todos los otros (calificados como epifenómenos). Repetía con insistencia que en

realidad las "otras" luchas constituían una distracción con relación a la tarea central, a menos que éstas estuvieran integradas en su programa como consideraciones tácticas provisionales y subalternas. Mas lo que él temía, por encima de todo, era que sus miembros no le acordaran un sacrificio irrestricto. De hecho, podríamos preguntarnos si los partidos en el poder verdaderamente habían logrado instaurar estados totalitarios; mas lo que me parece claro es que pretendieron, e incluso lograron, establecer el totalitarismo en el seno mismo de su organización.

Subsistía, sin embargo, una contradicción profunda entre las dos primeras tesis. Abordando la construcción de los partidos, la segunda tesis ("marxista") fue a la vez formulada y adaptada con vistas a la etapa de movilización que debería preceder a la conquista del poder del Estado. Ahora bien, ésta no convenía del todo a la etapa en la que la conquista del poder ya se había efectuado y en la que el Partido se había convertido en Estado.

El papel del Partido-Estado era profundamente ambiguo. En efecto, por más que éste funcionara, el Partido no era sino una cámara de decisión en donde un grupo muy restringido regulaba las cuestiones políticas corrientes y en donde un poder muy personal se rodeaba de una opacidad cómplice. Para la mayoría de los militantes, el Partido se había convertido en un simple instrumento de ascenso individual en la vida cotidiana.

De hecho, el Partido era todo, salvo un hogar espiritual, y su estructura se había vuelto perfectamente ilegítima ante los ojos de todos aquellos que lo observaban desde el exterior, mientras que sus miembros lo consideraban con cinismo. Se le soportaba, mas ya no se hacían sacrificios por él.

Si la "revolución" no llegó a ser irreversible, fue precisamente a causa de esa naturaleza del Partido en los estados donde había podido tomar el control; y fue para expulsar del poder a este tipo de Partido (más que por otros motivos) por lo cual

los pueblos destruyeron los regímenes comunistas cuando la coyuntura mundial se los permitió.

3.- Para asegurar la transición del capitalismo al comunismo, es preciso instaurar la dictadura del proletariado, es decir, devolver el poder entera y exclusivamente a la clase obrera.

"Dictadura" y "proletariado" fueron dos elementos muy discutibles de esta tesis. Cualquiera que hubiera podido ser el significado de la palabra "dictadura" en el momento de su primer empleo, su real significado histórico fue la eliminación, en estos estados, de todos los derechos cívicos llamados burgueses, que habían sido instituidos, al menos parcialmente, en las democracias parlamentarias de los estados "liberales".

La palabra, y frecuentemente hasta la autorización de existir, fueron negadas a toda institución política que no fuera controlada por el Partido en el poder, y esto mismo sucedía con todos los organismos de reflexión o de debate que reivindicaban su independencia.

Sin embargo, aun si el debate público era sustituido por el monólogo, esto no implicaba enteramente la ausencia de toda discusión o toda división política. Mas estos debates eran estrictamente privados, limitados a un puñado de individuos, y los refunfuñamientos ocasionales que ponían a veces límites a ciertas decisiones políticas representaban la única forma de expresión de la población.

Una dictadura tal pretendía encontrar su justificación en el hecho de que el Estado y el Partido "perteneían" a la clase obrera. ¿Qué era éste en realidad? En efecto, numerosos dirigentes, en una proporción más elevada que en los otros estados del sistema-mundo, habían pertenecido en su juventud a la clase obrera. Pero, una vez convertidos en miembros de la clase dirigente, se habían aburguesado y habían consti-

tuido esta famosa *Nomenklatura*, de reputación dudosa.

Es también verdad que, entre el común de los mortales, un obrero calificado ganaba, por regla general, tanto o más que un maestro de primaria o un "trabajador intelectual" promedio. Esto era, sin duda alguna, la inversión en la escala de los salarios más practicada en la mayoría de las regiones de la economía-mundo. Pero no porque estuviera invertida dicha escala había sido abolida.

En su centro de trabajo, el obrero no tenía ninguna posibilidad de ejercer sus derechos sindicales ante la dirección. En realidad, éste tenía menos libertad de reivindicación que en un Estado no socialista. Los obreros tenían, sin embargo, dos grandes compensaciones: una protección social muy avanzada (particularmente la garantía de empleo) y el derecho tácito a una baja productividad. Mas las ventajas sociales dependían en realidad de los ingresos, y, en consecuencia, de las posibilidades del Estado; y cuando hicieron su aparición serías dificultades financieras provocadas, entre otros motivos, por la falta de productividad, la protección social sufrió las consecuencias. Todo esto condujo a una crisis social y, desde entonces, los llamados estados socialistas ya no pudieron satisfacer las expectativas del pueblo. Aquí entró en escena el sindicato *Solidaridad*, con todo lo que ello acarreó.

A pesar de todos los discursos oficiales, casi nadie tenía la impresión de vivir en un Estado gobernado por los obreros. Cuando mucho, la gente creía vivir en un Estado que luchaba por el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera; dicho de otra manera, en un Estado reformista, y cuando las pequeñas ventajas comenzaron a reducirse, el régimen perdió rápidamente todo apoyo social.

4.- *El Estado socialista constituye una etapa inevitable y necesaria de la ruta justa y universal que conduce directamente al progreso y a la realización de la utopía comunista.*

Tal era la versión leninista (o, más precisamente, estalinista)

de la teoría del progreso legada al marxismo; pero también al liberalismo, por el Siglo de las Luces, que a su vez había sido adoptada —por una especie de *Aufhebung* (conservación-supresión-superación)— de una versión secularizada de la escatología cristiana.

La teoría de las etapas, fundada en la fe inquebrantable en el progreso, justificaba todo. Afirmando que todo lo que sucedía bajo la égida del Partido —infalible garantía de progreso— iba por buen camino, ésta aportaba una garantía moral y racional, no solamente a las tres primeras tesis, sino también a todas las desviaciones fuera de los senderos señalados por la tradición marxista.

En vista de que cada una de estas etapas se conformaba a las reglas, ninguna regresión podía tener lugar. De la misma manera, ya que, gracias al Partido, las etapas históricas estaban definidas sobre una base científica, cada militante se convertía, por definición, en apóstol del progreso. En una palabra, desde el momento en que los obreros estaban en el poder, el Estado no podía sino progresar de manera infalible.

La teoría de las etapas ha permitido, incluso exigido, que los jóvenes estados revolucionarios sean tomados bajo la protección de los estados más avanzados; esta forma de padrinazgo reposaba sobre la jerarquía natural que reinaba en el seno de la familia de los estados marxista-leninistas (y más allá de los estados progresistas). Donde unos hablaban de imperialismo, los otros hablaban del deber natural.

Durante el largo periodo en el que la opinión pública tuvo razones para creer en la realidad del progreso, el derecho del más fuerte, así teorizado, no suscitó demasiado malestar; mas el estancamiento, que condujo siempre a exacerbar los conflictos latentes, no tardó en acarrear oleadas antiimperialistas, pruebas innegables, para todos, del desmoronamiento de los estados marxista-leninistas, pero también del "mundo" socialista en vías de desaparición, en tanto que entidad geopolítica

unida y estructurada.

5.- Para pasar de la etapa actual (la del Partido en el poder) al comunismo, es preciso construir el socialismo, es decir, perseguir el desarrollo nacional.

Fue en los estados soberanos e independientes —y asediados— donde los partidos comunistas llegaron al poder. Sin embargo, mientras que Marx había anunciado las primeras revoluciones en los países desarrollados, a la cabeza del progreso tecnológico, las sucesivas tomas del poder se produjeron en estados periféricos y semiperiféricos de la economía-mundo.

De esta manera, la "construcción del socialismo" sufrió una formidable metamorfosis y señaló, desde entonces, el proceso por medio del cual los estados iban a alcanzar a los países centrales de la economía-mundo capitalista. Este proyecto reposaba en tres pilares.

El primero era la planificación, que exigía, sin embargo, enormes estructuras burocráticas extremadamente pesadas. En honor a la verdad, ésta desempeñó bien su papel durante el periodo de acumulación primitiva; pero, a medida que la infraestructura se modernizaba, fue necesario dotar a la planificación de una estructura que estuviera a la altura de nuevas complejidades —lo que encajaba mal con la primacía del Partido—. Una vez reducida a una simple concertación entre caídes¹ que, en materia económica, corrían tras los acontecimientos, la planificación estaba manifiestamente condenada al fracaso.

El segundo pilar de la "construcción del socialismo" fue la industrialización a ultranza y lo más autárquicamente posible. Esto significaba olvidar que la industria no es un juego de construcción, sino un complejo de actividades cuya rentabi-

¹ Gobernadores o jueces en algunos países musulmanes.

lidad, sometida a un grado de difusión mundial de la tecnología, está en constante evolución. En realidad, a medida que el progreso tecnológico se difundía a través del mundo (y la "construcción del socialismo" contribuyó mucho a esto), estas industrias se volvían cada vez menos rentables y poco susceptibles de conducir a la recuperación del retardo económico.

El tercer pilar fue una mercantilización desenfrenada que es difícil considerar sin ironía, ya que ésta iba al encuentro de todas las ideas recibidas sobre la sociedad comunista. Mas para sostener la planificación y la industrialización, fue necesario hacer pasar a los hombres, a su trabajo y a sus tierras a través del mercado, aun si éste era un mercado que se intentó someter a un control central, lo más severo posible.

Al principio, el desarrollo nacional constituía el más grande logro de los países socialistas. Las tasas de crecimiento eran elevadas y el optimismo reinaba. Sin embargo, el estancamiento económico mundial de los años 1970 y 1980 reveló que los países socialistas se encontraban en el mismo atolladero que otros países periféricos reconocidos como tales (el Tercer Mundo). Ésta fue una inmensa decepción en los estados en donde se enorgullecían del desarrollo nacional, más que de ninguna otra cosa.

En suma, una tras otra, cada una de las cinco tesis del marxismo de los partidos (marxismo realmente existente) fueron nuevamente puestas en tela de juicio, particularmente por aquellos mismos que habían sostenido estos regímenes. Al despedir al marxismo (-leninismo), creyeron que iban a desembarazarse de Marx; mas esto no es tan sencillo. Expulsado por la puerta, Marx regresa por la ventana. De hecho, él no ha agotado, lejos está de ello, ni su papel político, ni su potencial educativo. Es esto último lo que vamos a examinar ahora.

- II -

Cuatro ideas-ejes (que habría que llamar, probablemente, pero de ninguna manera exclusivamente, marxistas), que ocupaban un lugar central en el pensamiento de Marx, me parecen sin duda todavía útiles, y hasta indispensables, para el análisis de nuestro mundo moderno. A pesar de todas las experiencias negativas de los estados y movimientos marxistas (-leninistas) en el siglo XX, éstas permiten esclarecer de manera sugestiva nuestras elecciones políticas.

1. Lucha de clases. "Es bastante claro que la identidad del marxismo depende enteramente de la definición, del alcance y de la validez de su *análisis de las clases* y de las luchas de clases. Fuera de este análisis, ya no hay marxismo..." (E. Balibar, 1988, p. 211).

Recordemos, antes que nada, que una parte importante de la oposición interna de los estados-partidos que obedecen al marxismo-leninismo nació de una lucha de clases: la lucha de los obreros comunes contra una nueva burguesía de índole particular llamada *Nomenklatura*, que Marx habría analizado con tanto deleite, tomando el caso de la Polonia de 1880-1881, como lo había hecho con la Francia de 1848-1851.

La idea de que existen clases con intereses sociales diferentes y hasta antagónicos no pertenece propiamente a Marx. Ella estaba presente ya, en Europa Occidental, en las discusiones políticas del periodo de 1750-1850. No era tampoco una idea de izquierda. Pero Marx y Engels la han dramatizado en su *Manifiesto comunista*, y desde entonces ésta se ha convertido, prácticamente, en el eje central de los movimientos obreros.

El concepto sólo ha suscitado dos objeciones de fondo, de las cuales una es moralizadora, política en consecuencia, que es

ésta: "ciertamente, las luchas de clases se declaran por aquí y por allá, pero éstas no son ni inevitables ni deseables".

Esto equivale a afirmar que la lucha de clases no es sino una opción política (o sea, una elección voluntaria) cuyo carácter moral y racional están sujetos a caución. Provenientes generalmente de la derecha política, los que sostienen esta opinión predicán a la clase obrera una política de negociación, de reconciliación y de colaboración.

Cualquiera que sea la eficacia práctica, estas recomendaciones son ajenas al análisis marxista, ya que si, de manera indudable, una cierta tonalidad moralizante caracteriza los escritos de Marx, éste siempre se guardó de pasar por un predicador o un profeta, ateniéndose, por encima de todo, a su papel de analista —de analista científico—. De este modo, quienquiera que pretenda refutarlo debe colocarse en el mismo plano que él. Marx no invita a los obreros (ni a otras categorías sociales) a desencadenar la lucha de clases, pero constata que éstos ya están involucrados en ella, frecuentemente hasta sin haber cobrado plena conciencia de esto.

Marx utiliza aquí dos premisas ampliamente (pero no universalmente) difundidas. Según la primera, los hombres se defienden batiéndose por el mejoramiento de sus condiciones de vida; en consecuencia, militan contra aquellos que los explotan y sacan provecho de sus dificultades. Esta afirmación tiene fuerza, es difícil de negar, ya sea que los explotados sean frecuentemente débiles, resignados y miedosos, y rara vez fuertes, determinados y valerosos, estas constataciones competen exclusivamente al comentario sobre la táctica de las luchas; pero la lucha de clases no deja de ser una realidad.

Según la otra premisa, los hombres que se encuentran en situaciones objetivamente paralelas o similares tienen tendencia a reaccionar de la misma manera, tanto y tan bien que pueden presentar reacciones de grupo, en este caso, de clase, aunque ningún grupo sea nunca totalmente homogéneo o

monolítico. Por otra parte, si se renuncia a observar y a analizar las acciones de los grupos sociales en el mundo, se pierde toda posibilidad de alcanzar la realidad social viviente. Una vez más, Marx se contenta con subrayar la realidad histórica de las luchas de clases. Para constatar esta realidad, sería necesario demostrar, de una manera empírica, que tales luchas no han existido nunca, lo que no es, de ninguna manera, empresa fácil.

Una segunda objeción es, sin embargo, más sólida. Ésta consiste en sostener que la lucha de clases es exagerada, empíricamente menos importante de lo que se sugiere y que, sin duda alguna, no viene sino detrás de otras formas de lucha social. En cualquier parte del mundo esta objeción es frecuentemente presentada, tanto en los medios derechistas, como en los de izquierda. Se evocan, a este respecto, las luchas nacionales o nacionalistas, raciales, étnicas o religiosas, los conflictos entre hombres y mujeres. Estas luchas son muy reales y es forzoso constatar que los marxistas (Marx mismo incluido) las han, durante largo tiempo, descuidado, denigrado, y algunas veces hasta denunciado, y esto por una simple razón: por el hecho de que las divisiones en el seno de la clase obrera eran su obsesión permanente; su estrategia ha consistido siempre en anularlas a cualquier precio. En el plano teórico, esto ha conducido a subestimar, deliberadamente, la importancia de todas las divisiones sociales que no correspondían a las divisiones de clases.

La insuficiencia del análisis marxista de fenómenos tales como el nacionalismo, el racismo, los conflictos étnicos o el enfrentamiento entre los sexos ha sido reconocida desde hace por lo menos veinte años; dicho de otra manera, ésta ha sido cuestionada mucho antes de los acontecimientos de 1989. ¿Es preciso, por ello, considerar, de ahora en adelante, que existen múltiples luchas sociales distintas e independientes unas de otras, y todas de igual importancia?

Es preciso más bien admitir que existe un hilo conductor que

permite explicar por qué y cómo ciertas formas de lucha salen a la luz aquí y ahora, más que en otros lugares y en otros momentos? Podemos remitirnos a Marx mismo, que ha intentado demostrar, en el *18 Brumario*, cómo la lucha de los propietarios campesinos disfrazaba, en el fondo, una lucha de la clase obrera.

La tesis de que las luchas de clases son inevitables y fundamentales no ha sido del todo debilitada por el surgimiento de otras formas de lucha, ya que siempre es posible demostrar que estas últimas competen en el fondo a la lucha de clases (véase Wallerstein, 1988 a y b). A decir verdad, la tesis de Marx gana aún más fuerza si explica que los hombres continúan sus luchas de clases bajo la forma de "luchas de pueblos", cuyas razones y modalidades deben ser igualmente explicitadas. Esto nos permite comprender mejor las incertidumbres de la historia moderna. Mas es evidente que, partiendo de ahí, ya no es posible exaltar las virtudes del Partido organizado, englobante y único.

2. Polarización. El análisis del capitalismo por Marx otorga un lugar importante al fenómeno de la polarización, en el fondo, una polarización doble. Por una parte, Marx insiste en la tendencia a la polarización económica —la pauperización— que significa que los pobres se vuelven siempre más pobres y los ricos aún más ricos. Por otra parte, Marx pone en evidencia un proceso de polarización social por medio del cual todo el mundo termina por alcanzar, o bien la burguesía, o bien el proletariado, lo que anuncia la desaparición de las clases intermedias e inciertas que no se inscriben en ninguna de estas dos categorías.

La tesis de la pauperización se enfrenta, desde hace tiempo, al rechazo por parte de muchos que subrayan que, en los países industrializados, desde hace por lo menos un siglo los ingresos reales de la clase obrera han tenido un gran progreso.

Estos concluyen que no ha habido polarización absoluta ni tampoco polarización relativa (en razón, particularmente, de los mecanismos de redistribución del Estado-providencia). En consecuencia, se nos dice que Marx se equivocó tremendamente.

Ciertamente, se asiste, desde hace tiempo, al aumento de los ingresos reales de la clase obrera (más exactamente, al de los obreros calificados) y nadie duda que la polarización absoluta entre la clase obrera y la burguesía no ha tenido lugar en estos países (lo que no se puede afirmar con la misma certeza de la polarización relativa).

Sin embargo, es muy probable que, procediendo a un análisis en el que los países industrializados fueran examinados por separado, se cometerían los mismos errores que los marxistas "de partido" y los liberales clásicos. En efecto, tales países viven económicamente en la economía-mundo capitalista,² precisamente allí donde se desarrollan los procesos descritos por Marx, y, cuando se considera la economía-mundo capitalista como una unidad de análisis, se descubren rápidamente dos cosas:

Por una parte, se advierte que la pauperización es permanente

² Economía-mundo: este concepto fue elaborado por el historiador Fernand Braudel (1902-1985), quien abrió la ciencia histórica al estudio de las grandes regiones del mundo y al estudio de la larga duración; lo definió así: "La economía-mundo (expresión... que he forjado... para traducir un empleo particular de la palabra alemana *Weltwirtschaft*) no abarca sino un fragmento del universo, una parte del planeta económicamente autónoma, capaz en lo esencial de ser autosuficiente y a la cual sus lazos y sus intercambios interiores le confieren cierta unidad orgánica" (F. Braudel. *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, t. 3, París, 1979). Braudel mismo cita, como ejemplos de economías-mundos, Cartago en su época de esplendor, el imperio romano, el universo helenístico, el Islam después de sus relampagueantes victorias en los siglos VIII y IX, el Mediterráneo del siglo XVI... Desde el siglo XIX, sin embargo, la economía-mundo capitalista (el sistema-mundo actual) cubre el planeta en su totalidad.

en esta economía-mundo, y que no sólo es relativa (según lo confiesa la banca mundial misma) sino absoluta, como lo testimonia evidentemente, por ejemplo, la incapacidad creciente de las regiones periféricas de la economía-mundo para producir lo suficiente para alimentar a las poblaciones locales).

Por otra parte, debe advertirse que la constatación del aumento de los ingresos reales de la clase obrera, en los países industrializados, procede de una visión demasiado estrecha. De hecho, es *necesario* recordar que estos países (al principio esencialmente los Estados Unidos, pero actualmente todos los otros) son países de inmigración donde arriban constantemente inmigrantes provenientes de los países periféricos, y que es notorio que estos inmigrantes no se benefician de ese aumento de los ingresos reales —lo que nos remite al tema precedente.

La "clase obrera" es un estrato intermedio compuesto en gran parte por individuos de origen local. La clase inferior está constituida en su mayor parte por inmigrantes (de primera o segunda generaciones). Para esas personas, la polarización económica es una realidad persistente. Mas, ya que éstos no son de "origen local", desarrollan su lucha de clases enarbolando banderas de raza o de etnia.

Por lo que toca a la polarización social, ésta sólo puede negarse dando a la burguesía y al proletariado definiciones demasiado estrechas (derivadas de la situación social del siglo XIX). En cambio, si se aplican los criterios apropiados a estas categorías —a estas gentes que viven esencialmente de ingresos comunes, pero polarizados—, se constata que Marx tenía toda la razón. Una proporción incesantemente creciente de la población mundial entra en estas dos categorías (el proletariado o la burguesía). Ésta no vive de sus propiedades ni de sus rentas, sino de su inserción en la economía real de nuestros días.

3.- Ideología. Marx era materialista. Él pensaba que las ideas no caen del cielo y que no surgen simplemente de las elucubraciones de los intelectuales. Nuestras ideas, nuestras ciencias, reflejan la realidad social en la que vivimos, afirmaba él, y en este sentido todas nuestras ideas son partícipes de tal o cual entorno ideológico.

Entonces, es fácil destacar que esta verdad de Marx era válida, tanto para él como para la clase obrera, a la cual parecía reservar un trato particular (considerándola como una clase universal). Ciertamente, esta crítica es válida, pero no llega, de hecho, sino a ampliar el campo de aplicación de la tesis preconizada por Marx.

Hoy en día, a la hora del cuestionamiento de toda la herencia intelectual que el siglo XIX legó a las ciencias sociales e históricas, una reflexión sobre las bases sociales de nuestras ideas y de nuestros pensadores parece ser más necesaria que nunca.

Evidentemente, no es Marx quien inventó la tesis de la determinación social de las ideas, aunque se siga confundiendo a ésta con su manera de ver el mundo social. La opinión general considera que éste es un tema "marxizante". No hay, en consecuencia, ningún motivo para disimular, ni la importancia de un análisis de las ideologías (incluido el marxismo), ni la importancia de la contribución que Marx mismo ha aportado a este análisis.

4.- Alienación. Este concepto es menos conocido, ya que fue raramente utilizado por Marx mismo, a tal punto que algunos lo atribuían únicamente al "joven Marx". Se tiende a abandonarlo; esto es sin embargo una lástima, porque es éste, en mi opinión, un concepto esencial en el pensamiento marxiano. Considerando que ésta representa el mal supremo de la civilización capitalista, Marx considera el fin de la alienación

como la realización más alta de la sociedad comunista, ya que, según él, la alienación es la enfermedad que —en su principal encarnación, la propiedad— destruye la integridad de la persona humana. Luchar contra la alienación es luchar por restituir al hombre toda su dignidad.

La única manera de rebatir esta tesis consiste en pretender que la alienación es un *mal inevitable* (*haciendo de éste* una especie de pecado original), contra el que nada se puede hacer, salvo atenuar progresivamente sus efectos más perniciosos. Sería difícil negar, sin embargo, que es precisamente la alienación la responsable de las grandes cóleras sociales de nuestra época.

Marx nos ofrece la posibilidad de imaginar otra forma de sociedad. Sin duda podría reprochársele el no haber precisado mejor sus utopías, pero es a nosotros a quienes nos corresponde hacerlo. Su pensamiento está allí, ¿de qué y a quién serviría entonces renunciar a él por completo? ●

Traducción: *Gloria Espejel*

BIBLIOGRAFÍA

Balibar, E., "¿De la lucha de clases a la lucha sin clases?", en E. Balibar e I. Wallerstein, *Race, nation, classe*, La Découverte, París, 1988.

Lefebvre, H., "Le marxisme éclaté", en *L'Homme et la Société*, núm. 41-42, 1976.

Wallerstein, I. (1988 a), "El conflicto de clases en la economía-mundo capitalista", en E. Balibar e I. Wallerstein, *Race, nation, classe*, La Découverte, París, 1988.

-(1988 b), "Conflictos sociales en África negra independiente: reexamen de los conceptos de raza y de *statui-group*", en *ibid.*